

El papel de las emociones en la construcción del conocimiento



El aprendizaje basado en la comunidad ha adquirido un papel cada vez más relevante en los escenarios educativos contemporáneos al proponer experiencias que trasciendan los límites del aula y vinculen a los estudiantes con su entorno social, cultural y ambiental.

Este enfoque promueve la construcción de conocimientos a partir de la participación activa en situaciones auténticas, el trabajo colaborativo y la resolución de problemáticas reales, a fin de favorecer un aprendizaje con sentido y pertinencia.

En este contexto, la comunidad deja de ser un escenario exter-

no para convertirse en un agente educativo que enriquece el desarrollo integral de los estudiantes y fortalece competencias cognitivas, socioemocionales, y ciudadanas.

Los avances en las neurociencias ofrecen un fundamento científico para comprender por qué este

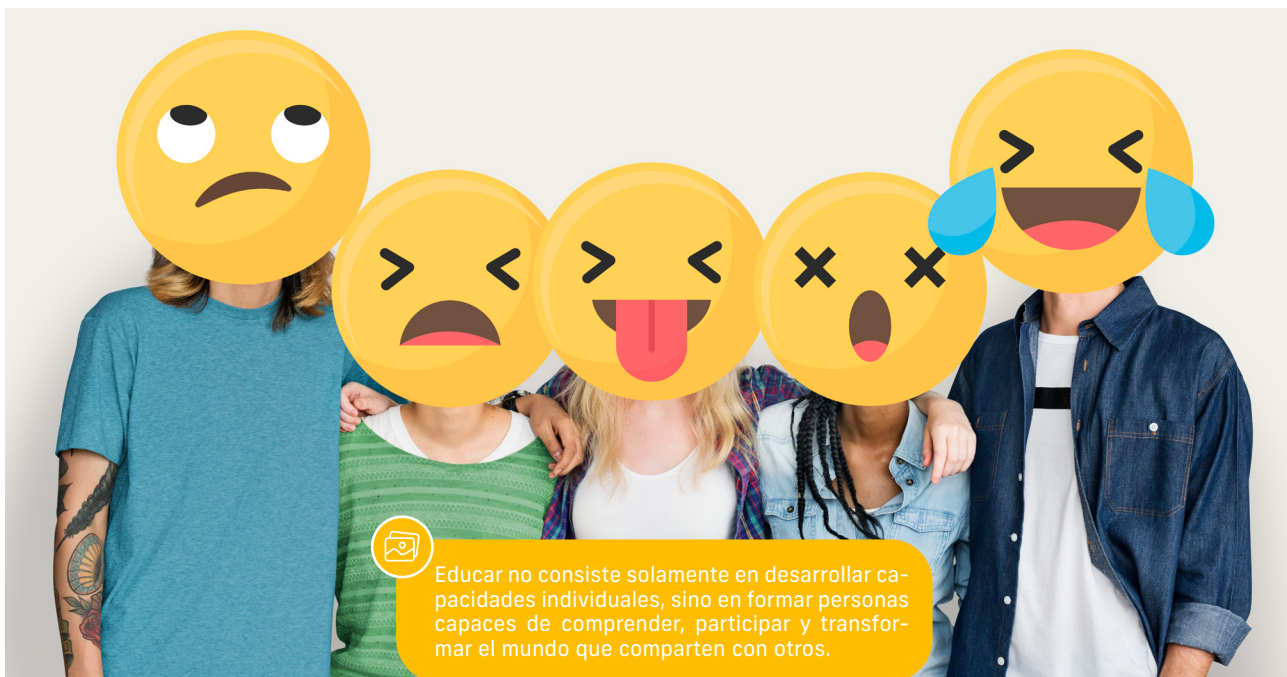


Enseñar desde una perspectiva comunitaria implica reconocer que cada aprendizaje ocurre dentro de una red de relaciones humanas.

enfoque resulta efectivo. La evidencia demuestra que el aprendizaje no depende únicamente de procesos cognitivos aislados, sino de la interacción dinámica entre cognición, emociones y relaciones sociales.

Procesos como la atención, la memoria, la motivación y la construcción del conocimiento se ven influenciados por las experiencias emocionales y por la calidad de las interacciones que los estudiantes establecen con docentes, compañeros, familias y otros actores de la comunidad.

Por ello, el aprendizaje basado en la comunidad no solo constituye una estrategia pedagógica



Educar no consiste solamente en desarrollar capacidades individuales, sino en formar personas capaces de comprender, participar y transformar el mundo que comparten con otros.

innovadora, sino una propuesta coherente con la forma en que el cerebro humano aprende y cómo atribuye significado a las experiencias y construye conocimiento en interacción con los demás.

La concepción del aprendizaje como un proceso social encuentra uno de sus principales referentes en Vygotsky (1978), quien sostiene que las funciones psicológicas superiores se desarrollan inicialmente en la interacción con otras personas y que posteriormente son internalizadas por el individuo. Asimismo, este autor reconoce que el pensamiento está estrechamente vinculado con la esfera afectiva y motivacional, afirmando que las necesidades, los intereses y las emociones orientan el desarrollo del aprendizaje.

La cognición y la emoción están fundamentalmente entrelazadas en el cerebro. Según Immordino-Yang y Damasio (2007), procesos como el aprendizaje, la memoria y la toma de decisiones dependen en gran medida de las emociones. De hecho, el pensamien-

to emocional actúa como una guía interna que permite a los estudiantes transferir y aplicar los conocimientos adquiridos en el aula a situaciones del mundo real.

Estos autores sostienen que el pensamiento racional y el rendimiento académico dependen de los mismos sistemas neuronales y corporales que generan las emociones, y proponen que los educadores promuevan la curiosidad genuina y las conexiones emocionales con los contenidos de aprendizaje, en lugar de depender únicamente de motivadores externos como las calificaciones o los elogios.



La educación basada en la comunidad no solo responde a una necesidad pedagógica, sino también a la manera natural en que el cerebro humano aprende: por medio de la interacción, la experiencia y la construcción colectiva de significado.

Décadas más tarde, las investigaciones en neurociencia afectiva y social han aportado evidencia que respalda esta perspectiva, al demostrar que la cognición y la emoción constituyen procesos interdependientes y que las relaciones sociales influyen en funciones cognitivas esenciales para el aprendizaje (Immordino-Yang, 2011).

Desde esta perspectiva, el aprendizaje basado en la comunidad ofrece un entorno donde la interacción social, el sentido de pertenencia y las experiencias emocionalmente significativas favorecen una construcción del conocimiento más profunda y contextualizada.

Si bien las neurociencias han demostrado que la cognición y la emoción constituyen procesos inseparables, estas dimensiones tampoco pueden comprenderse al margen de las relaciones sociales. Las experiencias emocionales que favorecen el aprendizaje se construyen, en gran medida, a través de la interacción con otras personas y del

contexto sociocultural en el que se desenvuelve el estudiante. Así, comprender cómo el cerebro procesa la información social resulta esencial para explicar la manera en que se construye el conocimiento en entornos colaborativos.

Desde el enfoque de la neurociencia social, Cacioppo, Berntson y Decety (2010) sostienen que el cerebro humano evolucionó para desenvolverse en contextos sociales complejos, en los que la cooperación, la comunicación y la comprensión de las emociones e intenciones de otras personas desempeñan un papel fundamental. Los autores explican que los procesos cognitivos, emocionales y sociales no operan de forma autónoma, sino que interactúan continuamente para orientar la conducta, la toma de decisiones y el aprendizaje.

Este panorama permite comprender que el aprendizaje constituye una experiencia inherentemente social, en la que las relaciones interpersonales influyen en la construcción del conocimiento y en el desarrollo de habilidades necesarias para la vida en comunidad.

En consecuencia, las experiencias educativas vinculadas con la comunidad transformarán el aprendizaje en un proceso activo, situado y significativo. Eyler y Giles (1999) señalan que el aprendizaje-servicio favorece una comprensión más profunda de los contenidos al conectar el conocimiento académico con experiencias reales, promoviendo procesos de reflexión, pensamiento crítico y participación social.

Comprender el aprendizaje desde la relación entre emoción, cognición e interacción social invita a replantear las prácticas educativas hacia modelos donde los estudiantes sean participantes activos en la construcción del conocimiento. Si el cerebro humano aprende en contextos sociales y emocionalmente significativos, los docentes tienen el desafío de diseñar experiencias que promuevan la colaboración, el sentido de identidad y la conexión con situaciones reales.

En este sentido, el aprendizaje basado en la comunidad representa una oportunidad para generar espacios, donde los estudiantes puedan relacionar los contenidos académicos con las necesidades y experiencias de su entorno.

Así, el rol del docente se transforma, deja de ser únicamente transmisor de información para convertirse en un mediador que crea condiciones para el aprendizaje significativo. Esto implica reconocer la importancia de las emociones, fomentar relaciones basadas en la confianza y diseñar ambientes donde los estudiantes puedan colaborar, expresar sus ideas y construir conocimiento junto con otros.

Por ende, la educación basada en la comunidad no solo responde a una necesidad pedagógica, sino también a la manera natural en que el cerebro humano aprende: por medio de la interacción, la experiencia y la construcción colectiva de significado.

En definitiva, enseñar desde una perspectiva comunitaria implica reconocer que cada aprendizaje ocurre dentro de una red de rela-

ciones humanas. Educar no consiste solamente en desarrollar capacidades individuales, sino en formar personas capaces de comprender, participar y transformar el mundo que comparten con otros.

Referencias

- Cacioppo, J. T., Berntson, G. G., & Decety, J. (2010). *Social neuroscience and its relationship to social psychology*. *Social Cognition*, 28(6), 675-685. <https://doi.org/10.1521/soco.2010.28.6.675>
- Cacioppo, J. T., & Decety, J. (2011). *Social neuroscience: Challenges and opportunities in the study of complex behavior*. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 1224(1), 162-173. <https://doi.org/10.1111/j.1749-6632.2010.05858.x>
- Eyler, J., & Giles, D. E., Jr. (1999). *Where's the learning in service-learning?* Jossey-Bass.
- Lieberman, M. D. (2013). *Social: Why our brains are wired to connect*. Crown Publishers.
- Immordino-Yang, M. H., & Damasio, A. (2007). *We feel, therefore we learn: The relevance of affective and social neuroscience to education*. *Mind, Brain, and Education*, 1(1), 3-10. <https://doi.org/10.1111/j.1751-228X.2007.00004.x>
- Immordino-Yang, M. H. (2011). Implications of affective and social neuroscience for educational theory. *Educational Philosophy and Theory*, 43(1), 98-103. <https://doi.org/10.1111/j.1469-5812.2010.00713.x>
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in society: The development of higher psychological processes*. Harvard University Press.